

A Alice le pasaba algo.

Cuando en el desayuno me dijo «Hola, Nena» tuve que darme vuelta y tocarle los brazos y la cabeza para comprobar que no fuera una aparición.

¿Alice llamándome *Nena* en lugar de decirme *Chinche*? ¿Mi hermana mayor sonriendo a la hora del desayuno? Eso no era normal.

A veces me pregunto cómo desayunan otras familias, ¿lo harán como en la publicidad de leche Milkylat?

En ese anuncio la mesa se ve perfecta, con tostadas, mantequilla, mermelada, una jarra de jugo de naranja, una mamá sonriente, un papá cariñoso, unos hijos muy bien peinados bebiendo tazas de leche, y un título que dice: «Despierta en modo Milkylat».

En mi casa es un poquito diferente. Para decirlo en pocas palabras, nosotros despertamos en «modo desmadre».

Mi mamá en la cocina dando gritos y haciéndose la víctima: «¡Qué fue que no vienen a desayunar, les he dicho ochenta veces que ya está listo, un día de estos

me voy a quedar sin voz para siempre, ¿eso es lo que quieren?, ¿acabar conmigo? ¿Acaso están sordos?!».

10 Mi papá, desordenado y despistado en grado extremo, cada mañana despierta como si hubiera pasado un tornado por la casa. Antes de sentarse a la mesa comienza a dar vueltas como gallina sin cabeza: «¿Alguien ha visto mi teléfono? ¿Alguien sabe dónde están mis calcetines azules? ¿Quién se llevó un papel que dejé sobre la mesa? ¡No encuentro el zapato derecho! ¿Alguien vio mi billetera? ¿Hoy es miércoles o jueves?».

10 Mi hermana Alice lleva unos meses despertando, invariablemente, de mal humor. Sobre todo, de lunes a viernes y bueno... también los fines de semana, para qué nos vamos a engañar. Ella reparte sus gruñidos democráticamente entre todos: «¿Quieres dejar de gritar, mamá? Qué vergüenza con los vecinos. ¡Papá, esa camisa verde te queda horrible! ¡Hazte a un lado, Chinche, que estás en mi sitio! ¡Mamá, Marcela está en mi lugar y se acabó las tostadas! ¡Y la mermelada! Marcela, ¿sí sabes que vives con otras personas en esta casa? ¿Sí te han explicado que toda la comida no es solo para ti? ¡Mamá, Marcela es insoportable!».

10 Y mientras mi familia rara vive en el planeta Desmadre... yo como pan con mermelada.

10 Por eso me sorprendió tanto cuando aquella mañana Alice me llamó «Nena».

Nadie me llamaba de esa manera desde que yo tenía cinco años, cuando yo misma informé a mi familia que ya era una niña grande y que prefería que me llamaran por mi nombre: Marcela.

En realidad, no era tan grande, pero mi petición tenía que ver con otra cosa que no me atreví a confesar, sobre todo para evitar que Alice se riera de mí. Una mañana regresaba del mercado con mi abuela, íbamos caminando y por la misma acera venían hacia nosotras una señora y su perrita. La perrita era horrible, tanto que era difícil saber si se trataba de un ser vivo o de un montón de alfombras viejas con colmillos. Era calva en ciertas partes y peluda en otras, se parecía a mi tío Filo que no tiene ni un solo pelo en la cabeza, pero tiene un bigote tan grande que ahí dentro podrían vivir varias familias de aves.

11

Al pasar junto a nosotros, la perrita se acercó a oler la cesta con nuestras compras y su dueña le dijo: «Ven para acá, Nena, no seas malcriada». Y Nena le obedeció moviendo la cola.

Esa misma tarde llegué a casa y me dije a mí misma con un grito silencioso que retumbó en mi cabeza: «¡No quiero tener nombre de perro!», y me inventé el discurso que le di a mi familia: «Soy una niña grande, ya no quiero que me digan *Nena*, ha llegado el momento de que me llamen por mi nombre». Y mi familia accedió.

«Hola, Nena», dijo Alice con una sonrisa extraña, antes de desayunar. Ni siquiera me reclamó por la mermelada. Tenía un gesto extraño, como si tuviera los pies sobre una almohada de plumas, además exhibía una sonrisa tipo leche Milkylat.

—¿Te pasa algo? —le pregunté.

—...

12

—Que si te pasa algo. Toc, toc, ¿estás ahí, Alice?

—No. No me pasa nada, Nena.

—Tienes la cara rara.

Enseguida reaccionó asustada y me dijo:

—¿Rara por qué? ¿Tengo ojeras? ¿Una espinilla?

¿Me veo mal?

—¡No! Solo tienes cara de tonta.

Al parecer pronuncié alguna palabra mágica, porque repentinamente dejé de ser Nena y volví a mi condición de insecto:

—¡Ya cállate, Chinche! ¡Mamá, dile que no me moleste!

Desde la sala llegó un grito aburrido, era la habitual y casi mecánica instrucción maternal, alargando las letras *a*:

—No le digas Chinche a tu hermaaaaana y tú, Marcela, no molestes a Aaaaalice. Ya dejen de peleaaaaar...

De camino a la parada del autobús me fijé en otro detalle inusual.

—¿Qué te pasó en las pestañas?

—Nada.

—Te hiciste algo, Alice, normalmente tienes las pestañas de vaca, pero ahora están distintas: ¡Te las rizaste!

—¿Quieres dejarme en paz? ¡A ti qué más te da si me las ricé o me las pinté de verde! No es asunto tuyo.

—Pestañas rizadas y sonrisa de Milkylat; solo hay una explicación: estás enamorada.

13

Inmediatamente comencé a repetir:

—Alice está enamorada, Alice está enamorada...

Mi hermana quiso darme un pellizcón para que dejara de gritar, pero la esquivé.

—¿Me vas a decir de quién?

—¡No, Chinche! Y ya cállate, estás dando un espectáculo.

Subimos al autobús y tres paradas más allá obtuve la respuesta. En la avenida de Los Conquistadores se subió Ramón, un chico que llevaba poco tiempo en el colegio e iba al mismo salón que mi hermana.

—Qué tal, Alice —la saludó él con una sonrisa.

Ella respondió con un nervioso y lleno de tropiezos:

—Hola, bien, sí... bien.

Ramón quiso quedarse junto a nosotras, pero la gente que siguió entrando lo empujó unos pasos más atrás.

Yo miré a mi hermana y descubrí que estaba roja, muy roja, nunca había visto a nadie tan rojo, pensé que nunca llegaría a recuperar su color original.

Permanecimos unos minutos en silencio mientras el autobús avanzaba. La gente se subía, otra se bajaba, yo miraba por la ventana y Alice movía sus rodillas sin poder controlar los nervios. Entonces le lancé la pregunta:

14 —Alice, ¿te gusta Ramón?

Podría parecer una pregunta normal, ¿te gusta la gelatina?, ¿te gusta la playa?, ¿te gustan las películas con monstruos? Preguntas a las que se puede responder sí o no. Pero Alice me miró con unos ojos como rocas incandescentes que parecían escapársele del rostro, y en voz bajita, pero firme, me dijo:

—¡Cierra la boca, Chinche, te va a escuchar!

—¡No exageres, soy discreta, además se fue para atrás!

—Tú no tienes idea de lo que significa ser discreta. ¡Baja la voz!

—¿Te gusta Ramón? No hay nada de malo en eso. No es precisamente un tipo muy guapo...

—¡Sí, es guapo! Y te digo por última vez, ¡habla más bajo, por-fa-vor!

—¿Guapo? ¡Estás mal de la vista! Fíjate en los agujeros de la nariz, son tan grandes que hasta un periquito despistado podría entrar por ahí. Pero, bueno, si

a ti te gusta, no pasa nada. Solo contesta sí o no, ¿te gusta Ramón?

Y, bueno... al parecer Alice tenía razón y lo de la discreción no se me da nada bien, porque en ese momento escuchamos la voz de Ramón que venía desde el asiento trasero (¡quién sabe cuándo logró sentarse justo detrás de mi hermana!) y con tono curioso dijo:

—Sí, Alice, contesta... yo también quiero saber la respuesta.

16 No nací aquí, en este barrio.

Cuando era niña vivíamos en el sur, en la casa de mis abuelos. Mi mamá trabajaba como asistente en una clínica dental, y mi papá se repartía entre la universidad y un trabajo nocturno en un periódico.

Mi hermana Alice estudiaba en una escuela que quedaba muy cerca de los abuelos y yo iba a la Escuela Inicial Pininos, un nido en una casa pequeña con Mickey Mouses, Bambis y conejitos en las paredes tan mal dibujados que Mickey parecía borracho y Bambi tenía unos ojos raros, como si estuviera poseído por algún espíritu maligno.

Me gustaba mucho vivir en el sur con los abuelos, su casa, grande y vieja, era un lugar donde siempre había algo por descubrir: un cajón, un armario, un escondite secreto, una caja de galletas en un lugar inesperado.

Pero un día nuestra situación cambió, se supone que «para mejor», al menos eso fue lo que todos repetían: «Es para mejor, es para mejor». Mi papá terminó



la universidad, consiguió un mejor empleo en una revista económica, mi mamá entró a trabajar en una clínica importante y debimos mudarnos al otro extremo de la ciudad.

Una mañana de abril nos despedimos de los abuelos llorando todas las lágrimas que dos niñas eran capaces de derramar, y nos fuimos para el norte, a nuestra propia casa. Una construcción pequeña que, según dice mamá, seguiremos pagando al banco hasta el año tres mil.

17

Ese cambio «para mejor» fue, para mi hermana Alice, lo peor. Ella tenía entonces nueve años y a ambas nos matricularon en un colegio que quedaba relativamente cerca de nuestra nueva vivienda. Yo apenas tenía seis e iba a comenzar la primaria, por eso no me afectó demasiado.

—No quiero ir a otra escuela, quiero quedarme en la mía, la que está en el sur, no me importa que quede lejos, puedo venir en autobús todos los días.

—No insistas, Alice, eres muy pequeña para atravesar la ciudad en autobús durante más de una hora. El nuevo colegio te va a gustar, ¡vas a hacer nuevas amigas! —le decía mamá, mientras Alice lloraba en su cama mojando la almohada.

—¡No quiero nuevas amigas! ¡Me gustan las que tengo!

—Ahora te parece que esto es terrible, pero luego lo olvidarás... ya verás.

—¡No lo voy a olvidar! ¡Por qué tengo que olvidar lo más bonito que me ha pasado!

18 Papá y mamá levantaron los hombros y, de seguro, pensaron que tarde o temprano se le pasaría el berrinche. Pero había algo en lo que Alice tenía razón y yo lo entendí tiempo después: hacer amigas, para una persona tan tímida como era ella, había sido muy difícil; por eso le costaba tanto decir adiós a esas niñas con las que había compartido unos años y empezar de nuevo con unos desconocidos.

El primer día en el colegio en el que nos habían inscrito, yo me sentí como una mariposa feliz, mis compañeras y compañeros me parecieron niños con los que podía convivir durante siete horas al día sin arrancarnos las orejas, e incluso pensé que podría llegar a hacer amigos.

Sin embargo, con Alice todo fue distinto... Llegó al quinto grado y todos los grupos de amigos ya estaban armados. La dejaron sola, nadie le habló, a la hora del recreo salió sola y a ninguno de sus compañeros pareció importarle. Incluso a alguien se le ocurrió decir en tono burlón: «Bueno... nos hacía falta una gorda en el salón, ya la tenemos».

Risas. Hubo risas de todos.